

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 15 de Abril de 1897

Núm. 334

TIPOS ESPAÑOLES



Una sevillana



Palique

Con motivo del famoso regionalismo se están diciendo muchas divinas tonterías. Lo mismo en pro que en contra.

Yo respeto el regionalismo serio que tiene una significación clara, concreta. Es el único verdaderamente peligroso en la vida política, pero es el más lógico, el único que tiene substancia. Podrá ser una equivocación; yo creo que lo es, por culpa de las exageraciones y de los *arcaísmos* que, á lo romántico y á lo *rousseauiano*, quiere despertar; pero en fin, es formal, consecuente, sólido, sabe lo que pide y por que lo pide. Yo lo combatiría en los comicios, si hubiera comicios, y lo combato en la prensa, pero reconociéndole la merecida beligerancia.

Este regionalismo, con sus defectos y buenas cualidades, que también las tiene, sólo existe en Cataluña de una manera eficaz y ostensible á lo menos.

El regionalismo vascongado es harina de otro costal. También es concreto, sólido, político, eficaz... en la parte más nociva, en la parte que tiene la pretensión reaccionaria y de privilegio. — El catalanismo, en general, es progresista; los que mejor lo defienden son *modernos* en idea y procedimientos; no invocan pergaminos, como títulos y ejecutorias, sino teorías posteriores á la Revolución y al general recuerdo tradicional de pretérita independencia. El regionalista de los *fueros* está principalmente representado por el espíritu reaccionario, que mira estas cuestiones de derecho político como pleitos familiares, como derecho feudal, como podría mirar una cuestión de censos ó de foros. Por ese regionalismo se va al *carlismo*, principalmente.

Pero malo como es, es serio; sin embargo, no es riguroso regionalismo, sino irritante pretensión de privilegio.

Y los demás regionalismos son conversación.

O verdades de Pero Grullo, que nadie niega, á no ser algún *chico de la prensa madrileña* que habla con desdén de las *provincias*, ó pretextos para que se luzcan varias cabezas de ratón arqueológico, poético, *numismático*, etc., etc.

Me explicaré.

Si regionalismo quiere decir que cada cual es de su tierra; y que cada pedazo de España que tenga vida propia, especial, característica (no artificial, sino natural, histórica), debe incitarla, *vivirla*, no con espíritu de *unisonismo*, arqueológico y reaccionario, sino conservando lo local y tradicional que es compatible con el progreso; si regionalismo es eso, hablar de su defensa es una ociosidad; porque, en tal concepto, ninguna persona de sentido común lo ataca.

Pero si regionalismo ha de ser pasarse la vida tocando la gaita, si es uno gallego ó asturiano, ó cantando la jota si es aragonés, y por ahí adelante; si regionalismo ha de ser formar sociedades de bombos mutuos entre las celebridades de campanario, y ponerse en lo más alto de Covadonga, sobre el casco de Pelayo, para que le vean á uno desde

Castilla... entonces el regionalismo es *matayotes matayotetón... vanitas vanitatum*, y todo vanidad.

El regionalismo artificial, es una zarzuela de espectáculo, para que se luzcan los *literatos de la legua*. Para que puedan llamarse eminentes unos á otros varios señores que nadie conoce más allá de los límites del respectivo obispado, pongo por ejemplo.

Como ese regionalismo, que no es pretexto político, pretensión positiva de cambio de forma social en las relaciones interiores del Estado, no es nada entre dos platos; algunos que lo defienden, porque les conviene, pero que al mismo tiempo quieren guardar la ropa... *nacional*, son muy unitarios, llegan á convertirlo, á fuerza de hacerlo inofensivo, en puro flato, *flatus vocis*.

Si somos regionalistas todos los que hemos nacido en alguna parte, el regionalismo viene á confundirse con la partida de bautismo.

*
* *

El señor Becerro de Bengoa, en un artículo en que quiere armonizarlo todo, defiende el regionalismo *literario*, de conversación, inocente, y pasa revista á los regionalistas de *nuestros días*... y me mete á mí en la cuenta. Y por eso hablo, y á esto vienen todas las anteriores filosofías.

El Sr. Becerro me pone, allá hacia el medio de una lista arbitraria, incompleta y anacrónica de regionalistas asturianos de *nuestros días*.

Yo no quiero escudriñar la intención con que mi ex amigo y ex compañero Becerro me mete en un montón, debajo ó detrás de varios *escritores* regionalistas unos, otros no, algunos de los cuales alcanzaron fama merecida, eso sí, pero *provincial*, puramente provincial. Armando de Palacio, allí va, á lo último, detrás de señores desconocidos más allá de Pajares; y Campoamor y Vital Aza, por ejemplo, no están en la lista.

Por lo que á mí toca, protesto; yo *escribo desde Madrid*, desde *Barcelona*, desde *Nueva York*, etc., etc.; soy cosmopolita en cuanto á humilde escritor; no quiero *et pour cause* nada del regionalismo y del provincialismo que el señor Becerro me atribuye, tal vez con las de Caín.

Otro regionalista asturiano de *nuestros días* cita el señor Becerro, que podría quejarse más que yo... si pudiera quejarse.

Y se quejaría por eso mismo, porque no puede quejarse; porque se ha muerto hace dos ó tres siglos.

En cambio, el Sr. Becerro no cita multitud de beneméritos escritores *provinciales*, de asuntos *asturianos* y de fama *asturiana*, que ocuparían con mejores títulos que otros (v. gr. Sánchez Calvo, Posada, Armando Palacio y yo), un lugar en la lista.

Conque ya lo sabe el señor Becerro. Si es que no tiene particular interés en molestarte, no me vuelva á tomar por *regionalista*.

Asturiano, sí (aunque no de *nacimiento*), enamorado de esta *naturaleza* sí... pero en punto á letras, cosmopolita.

Ya sé que el regionalismo es un pedestal, y acaso una escalera, para que la *gente chica* explote la *patria chica*; y sé que el *patriotismo nacional* (literario, religioso, científico), etc., es un pedestal mucho más alto, que ayuda no poco á algunos á ser gigantes...

Pero yo prefiero, con mi crédito de hombre chiquitín, pasearme libre... *al nivel del mar*. Pero del mar libre, del mar cosmopolita. Esto en religión, en filosofía, en artes.

Porque en caso de invasión extranjera, yo también sabría *ir en fonsado*.

La integridad de la patria ¡bien!

Pero eso de que «lo mejor del mundo, España, lo mejor de España, mi región», y así continuando hasta llegar á lo de *el mejor sastrero de esta calle*... ¡quía! La verdad, la conciencia, antes que... el *regionalismo*; que, en buena filosofía, en psicología profunda... se ve que va á parar al egoísmo.

En substancia, si alguna tienen, esos *regionalismos* de la gaita, la jota, la barretina, el bolero, etc., etc., se reducen á aquello de:

— Donde no coman gazpacho ¿qué comerán?

Seamos *católicos*, en el más alto y noble sentido de la palabra, sino el más exacto.

Y ser *católico*... es todo lo contrario de ser *regionalista*.

El judaísmo crucificó á Rosas... por regionalismo judaico.

Hasta algunos apóstoles comprometieron al principio el porvenir del cristianismo... por causa del regionalismo cristiano.

Gracias que llegó á tiempo San Pablo... que llamó á todos los hombres; con prepucio ó sin prepucio; con barretina ó sin barretina.

CLARIN.



La primera aventura

Julián de X., el joven y ya ilustre abogado que todos conocemos, admiramos y queremos, se sonrió al oír la pregunta que acababa de dirigírsele, y repuso con acento ligeramente irónico:

— Señores: mi biografía íntima es de lo más soso que sea posible imaginar. Yo no he tenido jamás la dicha de contar entre mis recuerdos ninguno de esos deliciosos episodios que todos ustedes registran en su brillante historia amorosa...

— ¡Hum!... sospecho que Julián nos está tomando el pelo... — saltó el doctor Claredo, uno de los Tenorios de la peña.

— ¡Libreme Dios de ello!... No hago más que sentar hechos. Veo que todos ustedes han tenido una juventud muy accidentada: la mía ha sido, por el contrario, en punto á conquistas, de una insignificancia que casi me da vergüenza el confesar.

— ¡Vaya! no te hagas el pobrecillo y el inocente — dijo el barón de G... — ¿Vas á hacernos creer que no has tenido también tus aventuras amorosas?

— He tenido dos.

— No es mucho; pero, en fin, cada cual hace lo que puede: á ver, cuéntanos esas dos aventuras.

— Pues la segunda empezó bien, y concluyó mejor. Me prendé de Lola, y un año después me casé con ella.

— Eso no entra en lista. Cuéntanos tu primera aventura; primera y única, por lo visto.

Julián se arrellanó en su butaca, y empezó así:

— Tenía ya veinticuatro años, era doctor en derecho, principiaba á ejercer mi carre-

ra, y aunque deba pareceros el hecho inverosímil, absurdo, os diré que, si hasta entonces me habían causado impresión varias mujeres, no había sido ésta bastante fuerte para vencer mi natural timidez y obligarme á decir á una hembra: Me gusta usted en extremo, y la quiero con alma y vida. Por otra parte, era yo entonces pobre, muy pobre, y me preocupaban cuidados mayores que los del amor. Todo mi empeño se cifraba en trabajar, en abrirme paso para echarme de encima la carga pesadísima de la pobreza, y en conquistarme una posición desahogada. Cuando hayas conseguido tu objeto — decíame á mí mismo — buscarás una joven honrada, buena y bonita, te enamorarás de ella, procurarás enamorarla, os iréis una mañana á la vicaría... y á vivir felices.

— Parece imposible que un hombre de tantísimo talento se concrete á un burguesismo tan *terre á terre* — observó con acento compasivo el barón.

— ¡Qué quieres hacerle, chico! — repuso el abogado, riendo. — Cada sér es como Dios le ha hecho.

— Bueno, bueno; venga ahora tu aventura.

— Fué sencillísima. Una noche, á eso de las doce, después de llevarme cuatro horas de trabajo en mi despacho, salíme al balcón para respirar el aire. Hacía una luna soberbia, y á su luz pude distinguir perfectamente las facciones de una mujer, de una vecina que habitaba la casa de enfrente y entregada en aquel momento á la misma ocupación que yo, á respirar la deleitosa brisa de una noche de verano.

¡Qué tipo más celestial me pareció el suyo!... A los suaves rayos del astro nocturno — y perdonen ustedes ese robado cliché — ví unas facciones hermosísimas, coronadas por una cabellera de oro que, al herirla el reflejo de la luna, parecía envolver aquella adorable cabeza de una aureola ideal. Quedéme ensimismado en la contemplación de aquella singular belleza, y pronto adquirí la dulcísima persuasión de que también ella respondía á mis miradas y fijaba sus negros ojos en los míos, que la contemplaban absorto.

Por fin, al cabo de una hora ó dos de permanecer en la misma actitud, retiróse ella del balcón, y yo hice lo propio, esperando con ansia la llegada del día siguiente. Pero no se dejó ver la hermosa en toda la mañana ni en toda la tarde, y aguardé con febril impaciencia que viniese la noche. A las nueve estaba yo en mi observatorio, pero me fué preciso tener paciencia hasta las once. Entonces se abrió su balcón, apareció *ella*... y durante tres horas se reprodujo la muda escena de la víspera. Cuando me fuí á acostar, sentíame estúpidamente enamorado de aquella desconocida.

Y durante otras tres noches pasó lo mismo, sin variación alguna. Durante el día hacía mil proyectos encaminados á averiguar quién podía ser mi ángel nocturno; y aun cuando la cosa debía ser muy fácil de averiguar, no sabía cómo componérmelas. Experimentaba repugnancia, temor, un no sé qué en hacer preguntas al portero de la casa en donde ella vivía; no me atrevía tampoco á ponerme en la esquina de la calle para aguardar que mi beldad saliera ó entrara, y dirigirle la palabra. Formaba á todo momento mil



planes para desenlazar una situación que iba encontrando ya ridícula, insulsa, y después de maurar mis pensamientos, no acertaba á adoptar resolución ninguna. Tenía el espíritu y el corazón tan llenos de aquella bellísima mujer, la amaba con tal afán y temía tanto ofenderla dando un paso que no fuese correcto, respetuoso, que entre mi amor y mis vacilaciones quedábame sin saber como salir del paso.



Por fin, el desenlace vino, y vino de la manera más inesperada.

Una noche, después de una consulta de letrados que me había tenido ocupado hasta las once, volvíame presuroso á mi casa, con el corazón palpitante, ávido de encontrarme ya en el balcón, me sentí al doblar una esquina detenido por el brazo, al propio tiempo que una voz femenil me decía cariñosa:

—Oiga usted, pollo...

Quise desasirme con un gesto de repugnancia; pero al fijar la mirada en la infeliz que me interpelaba, quedéme atónito, estupefacto.

¡Era ella!

Y también ella me reconoció al punto, pues echándose á reír exclamó:

— ¡Hola! ¿es usted?... ¡qué casualidad!

Y tras una pausa, añadió cariñosa:

— ¿Quieres subir un momento?

Sin contestar una palabra me alejé con el alma herida, con ganas casi de llorar... Y ella se quedó inmóvil, y gritó luego:

— ¡Zopenco!

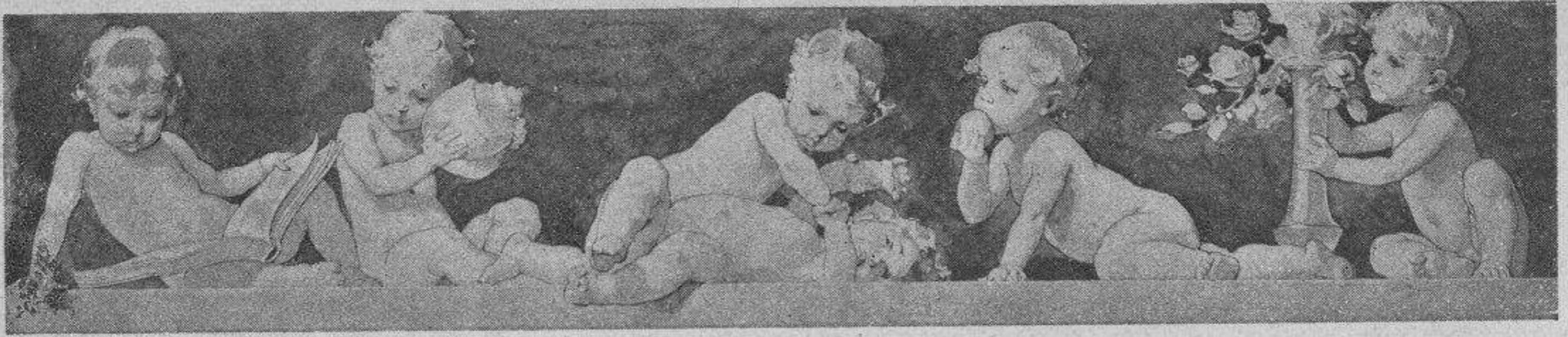
Tal fué, señores — concluyó Julián — mi primera... y única aventura amorosa.

JUAN BUSCÓN.

Dibujo original de JOSÉ TRIADÓ



En el mercado



El principio

¡Ay! Momentos de dolor.

No; no quiero empezar con exclamaciones, ó con interjecciones, como las denomina la Academia (del latín *inter* y *jacere*, echar, y arrojar entre), porque se colocan entre las otras dicciones de la frase; por más que aquí sea ella la que rompe el fuego, y si está entre algo es sólo entre la espada y la pared. Pero, en fin, llámese *h*.

H; la letra más filosófica del alfabeto por lo inútil, y la desesperación de las mujeres porque no la pueden dominar.

Yo conocí á una señora que le escribía á su marido ausente: *asta pronto*; y como él le hiciese notar la diferencia de significado que resulta entre *aya* y *haya*, *ola* y *hola*, y demás vocablos que toman ó dejan esa consonante (cuya única ventaja consiste en ser muda), la infeliz no sabía luego dónde poner la *h* que cayera bien, y la prodigaba *ad libitum* como en el caso siguiente: *Calhculo que nuestro negocio se lo llevo patheta*.

Antes he dicho que la *h* era inútil, y no es cierto; en primer lugar sirve de estorbo, y además presta ortodoxia, no sólo á la escritura, sino al sentido.

Por ejemplo:

¡Ay! momentos de dolor. Es una frase sin religión determinada.

Pero si pongo una *h* en el principio del párrafo, se lee:

Hay momentos de dolor.

Y ya tienen ustedes al período con sólo cambiar en verbo la interjección, en acuerdo perfecto con los libros sagrados que dicen: *En el principio es el Verbo*.

Pues bien, hay momentos de dolor; y para mí uno de los más temibles es aquel en que debo principiar alguna obra, razón por la cual presumo que Dios no me ha dado dinero para que no tenga que hacerme casas.

Descendiendo de las obras de albañilería á las de la inteligencia—y digo descendiendo porque, por más que arguyan los ideólogos, una comedia en tres actos no valdrá nunca lo que una casa de tres pisos — hay en el comienzo algo de irresoluto que inspira terror como la duda.

Todos hemos tenido novia con la que, una vez entendidos, nos la hemos compuesto mejor ó peor; pero hasta llegar á ese punto que parece el del caramelo por lo dulce, ¿qué de rodeos no ha habido que hacer y cuántos borradores no se han roto en la tarea de la tentativa? El que sea franco, y franco lo es cualquiera á quien le falten dos cuartos, confesará que ha tardado más en declararse que en aburrirse de ella.

El principio no es la enunciación del hecho, y la prueba está en la comida: comienza por la sopa; pero hasta que se acaba el puchero no entra uno en el principio.

Además, siendo éste proporcionado á los recursos—no diré del que se lo come, por si hay convidados, pero sí del que lo paga—no cabe duda de que el *principio* es el que justifica los *medios*.

Toda esta fraseología se reduce á decirles á ustedes que hay días, como por ejemplo hoy—que entre paréntesis no es día, porque ya ha dado la media noche; ni hoy, pues ya es mañana—en que me sucede con un artículo lo que con la lotería, que no me sale: verdad es que no juego.

Y consiste en que no puedo tomarle la embocadura, que como yo lo empezase lo concluía; porque tengo eso de bueno, no sé abandonar á nadie en la desgracia.

Pero ¿de qué hablo? ¿De las mujeres? Todos las conocen desde que van á los bailes escotadas.

¿De los hombres? Hombre lo es cualquiera; lo difícil para mi objeto es encontrar un hombre de principios.

¿De las cosas? Se ha escrito tanto sobre ellas, que temo incurrir en repeticiones; y á mí me pasa con las ideas lo que con la ropa, que me repugna ponerme la de otro; lo que

en esta cuestión me perjudica, porque si yo hiciese lo que el grajo de la fábula, que se apropió el ropaje del ave de Juno, vendría el pavo y me desplumaría, y es claro que una vez sin plumas ya tenía yo pretexto para no escribir.

Y pues á pluma nos referimos, oigan ustedes una anécdota que viene á pelo.

Un catalán, que como probaré ahora mismo no era escritor, se estaba haciendo una casa. Ya está probado.

Como él en persona vigilase á los albañiles, llamóle la atención cierta vez un oficial (así llaman con perdón de los del ejército á los que no son peones) que paleta en ristre enlucía una pared con una calma ruinosa para los intereses del propietario.

Acercóse éste de puntillas y observó que el obrero estaba tarareando la *Casta diva* de la Norma, y que las pelladas de yeso no se extendían sobre el muro sino al ritmo lento y majestuoso de la melodía de Bellini.

—¡Eh! buen hombre — exclamó el perjudicado dirigiéndose al subteniente de albañilería. — ¿Sabe usted que á ese paso habrá que derribar la fachada por vieja cuando acabe usted el tabique?

— Dispense usted — arguyó el interpelado; — los catalanes tenemos tal delirio por la música, que solemos trabajar al compás de lo que cantamos.

— Pues, que por eso no quede — contestó el dueño de la finca frotándose las manos de gusto; — pero permítame usted que yo le enseñe una canción.

Y apoderándose de los útiles, empezó á restregar mortero sobre los ladrillos, más como quien da una paliza que como quien enlucé, mientras con el ardor de un treinta por ciento de economía, entonaba imitando hasta la banda de tambores aquella estrofa del himno de Riego que empieza así:

«Valientes guerreros:
La patria nos llama;
El pecho se inflama
De bélico ardor.»

Y acabó el tabique en menos que se persigna un cura loco.

Si yo creyera en el espiritismo, que no creo, — razón por la cual presumo que aun no se me ha trastornado el juicio — diría que mis facultades imaginativas están hoy bajo el influjo de Calomarde; porque todo se me vuelve cantarles patrióticas para que me hagan un artículo, y ellas erre que erre en que no lo he de principiar.

Su obstinación me recuerda el caso de cierto aragonés á quien encontraron Jesús y San Pedro en las inmediaciones de Gurra, en sazón que éstos se encaminaban á la capital para asuntos particulares.

— ¿Adónde, buen arriero? — le preguntó el apóstol.

— Pues ahí á Zaragoza, — respondió el baturro.

— ¡Hombre! dí al menos: «si Dios quiere».

— ¡Otra! Que quiera ó que no quiera yo allá he de ir.

La indignación del Maestro fué tal, que de una sola mirada convirtió en rana al irreverente y lo sumergió en un charco que había en el camino.

Los santos peregrinos siguieron el suyo, y terminados los quehaceres regresaron hacia sus hogares.

— Señor, — dijo San Pedro al volver á pasar por el sitio de la ocurrencia y movido á compasión por la suerte del más que pecador, terco.

— Dígnate perdonarle.

El Salvador bendijo la alberca y el arriero recobró su prístina forma.

— ¿Adónde te diriges? — volvió a inquirir el discípulo predilecto.

— Á Zaragoza — repuso el aragonés con entereza.

— ¿No hay medio de inducirte á que añadas: «si Dios quiere?»

— ¡Dale! — refunfuñó el testarudo: — *Miusté*, ó á Zaragoza ó al charco.

En vista de lo cual desisto de mi artículo; y no diré que lo acabo, porque no le dí comienzo.

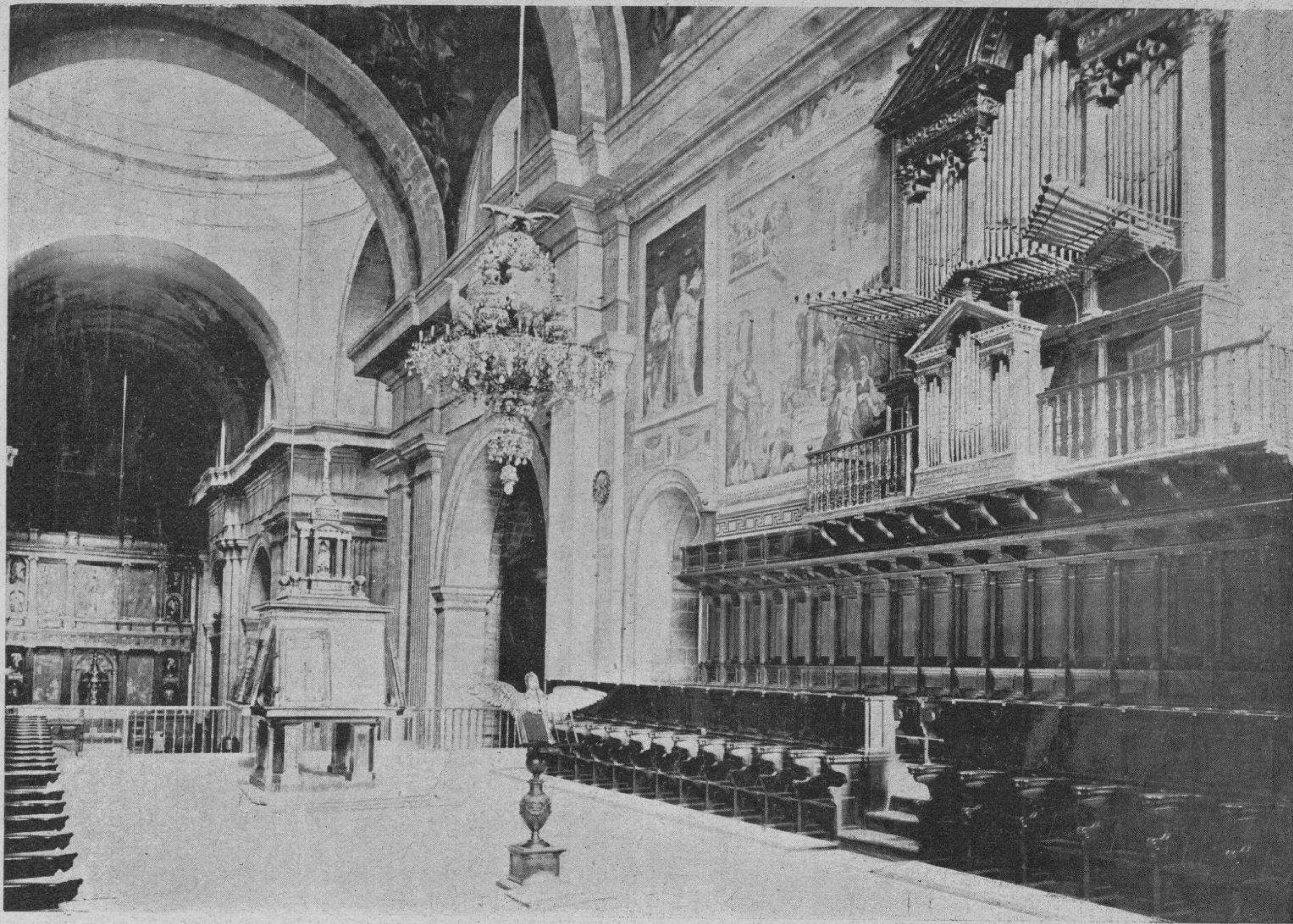
De lo que resulta la paradoja siguiente:

Que es corto por no ser largo; pero que parece eterno, porque no tiene principio ni fin.

ENRIQUE GASPAR.



LA OCTAVA MARAVILLA



ESCORIAL. — Coro del Monasterio

LA OCTAVA MARAVILLA



ESCORIAL. — Aventuras del Telémaco. (Palacio. — Tapiz de Rubens)



Virtud de la hipoerresia

No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien. Lo que eres, eso eres.

(KEMPIS, lib. II, cap. VI.)

Ya he visto con harta pena
Que ayer, alma de mi alma,
Mandaste colgar, Elena,
De tu balcón una palma.

Y, ó la palma no es el título
De una candidez notoria,
Ó no es cierto aquel capítulo
En que habla de tí la historia.

Pues dicen que hoy imprudente,
Después que la palma vió,
Riéndose maldiciente
Cierta galán exclamó:

—«Mal nuestra honradez se abona
Si nuestras virtudes son
Cual la virtud que pregona
La palma de ese balcón.»

Bien te hará entender, Elena,
Esta indirecta cruel,
Que ya es pública la escena
Que pasó entre Dios, tú y él.

Pues, al mirarte, embebido,
Dice entre sí el vulgo ruín:
«Ya hay alientos que han mecido
Las flores de ese jardín.»

Mas tú niega el hecho, Elena,
Porque en materias de honor,
Antes, el Código ordena,
Ser mártir que confesor.

Aunque á hablar de tí se atrevan,
Siempre será necio intento
Dudar de honras que se llevan
Palabras que lleva el viento.

Da al misterio la verdad;
Que la virtud, en su ciencia,
Es *opinión* la mitad,
Y otra mitad *apariencia.*

Palma ostenta, pues es uso:
Que, aunque mentir no es prudente,
Por algo Dios no nos puso
El corazón en la frente.

Nada á confesar te venza,
Que engañar por el honor,
Es en los hombres *vergüenza*
Y en las mujeres *pudor.*

Y si tu honor duda implica,
No dudes que hay mil que son
Cual la virtud que publica
La palma de tu balcón.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





ESCORIAL. — La Santa Forma, cuadro de Claudio Coello, en la Sacristía



Dolce far niente

Los huevos pasados

Parecíase la familia de don Donato López á las demás familias burguesas que gozan de la consideración pública y respetan la ley y las fórmulas en que se sustenta, como torre de hierro en postes de caña, la sociedad.

López figuraba entre la gente de sanas ideas, y no daba cuartel ni á las doctrinas disolventes, ni á la impiedad en materia religiosa. La señora de López y sus hijas frecuentaban los templos, solían contribuir para el culto, y como creían sinceramente, sinceramente reprobaban á los incrédulos. A su padre le profesaban respeto sagrado, persuadidas de que la rectitud y la moralidad inspiraban sus enseñanzas y sus acciones, y de que era modelo de ciudadanos y de hombres de bien. Al practicar estaban ciertas de seguir el impulso de un jefe de familia cristiana. Cuando volvían de oír sermón ó misa, de visitar á los pobres ó de compartir la tarea de las socias del Roperito, las niñas de López se agrupaban contentas alrededor de su papá, y éste, después de preguntar y aprobar, las acariciaba, chaceándose con ellas, y sintiéndose, allá en su interior, muy bondadoso, muy perfecto.

Acostumbraba don Donato López desayunarse con un par de huevos pasados, y los quería siempre bien en punto, ni tan cocidos que estuviesen duros, ni tan crudos que la clara no se adhiriese, cuajada y suave, al cascarón. Sabía ya la cocinera el modo de lograr este difícil término medio, y Don Donato saboreaba gustoso el desayuno sano y frugal.

Sucedió que la cocinera fué despedida por no sé qué sisas extraordinarias, y los huevos pasados comenzaron á venir ya sólidos, ya mocosos, jamás como le gustaban al señor de López. Al ver á su padre enojado y rehusando el desayuno, Enriqueta, la mayor de las niñas, compró una maquinilla de las llamadas *infiernos*, que se ceban con alcohol, y

haciendo hervir el agua, se dispuso á pasar los huevos ella misma, en la mesa del comedor, no sin preguntar á López cómo debía proceder para conseguir el resultado apetecido.

—Hay que rezar tres Credos—contestó el padre—y al acabar de rezarlos están los huevos perfectamente pasados, ni de menos ni de más.—Rieronse las muchachas de la receta, y la mayor exclamó:

—Pues rece usted, papá, mientras yo cuido de echarlos y sacarlos á tiempo.

Don Donato López, que también se reía, por seguir la broma, emprendió la tarea de recitar la oración:—Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, en Jesucristo, su único hijo...

Y al llegar aquí, igual que si le fuesen á dar garrote, don Donato no pudo continuar; no recordaba ni una sílaba más; un sudor de congoja le humedeció el pelo; las frases del olvidado símbolo de la Fe, aunque parecían despertarse y bullir dispersas allá en el fondo de su memoria, no acudían á su lengua torpe. Sintió que se ponía rojo, muy rojo, mientras Enriqueta, que le miraba fijamente, había dejado de reír y palidecía, sin acertar á sostener el rabo del cacillo para que no se derramara el agua hirviente...

Y como los niños chicos carecen de prudencia, Laurita, gordinflona de nueve años, soltó la carcajada y gritó:—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven! ¡Ay qué guasa! ¡Papá no sabe el Credo!

EMILIA PARDO BAZÁN.



W. KRAY. — La entrada en la vida



Primavera

◆

Cantares populares

Anda diciendo tu madre
que una reina te mereces,
y yo, como no soy reina,
te aconsejo que me dejes.

—

Te miro cuando te veo,
salada, que vas con otro,
como la perdiz herida
que se va corriendo al soto.

—

Al entrar en tu jardín
me quité las zapatillas,
para que no se enredaran
tus flores en mis hebillas.

—

A las piedras solamente
las cuento lo que me pasa,
porque no encuentro en el mundo
persona de confianza.

—

Todas las Marías son
dulces como el caramelo,
y yo, como soy goloso,
por una María muero.

Mi cariño está enojado
porque no le he dicho adiós;
otra vez que me le encuentre,
¡Adiós, cariñito! ¡adiós!

—

Corazón de filigrana
embutido en rico acero,
¿cómo quieres que te olvide
si eres tú el amor primero?

—

Voy á preguntarle á un juez,
y á preguntarle á un fiscal,
si el querer á una morena
es delito criminal.

—

Tal impresión en mí has hecho
que por tu cariño diera
un dedito de mi mano,
el que más falta me hiciera.

—

El hombre que no se *achara*
cuando llora una mujer,
no ha conocido á su madre,
ni sabe lo que es querer.

LA OCTAVA MARAVILLA



ESCORIAL. — Techo de la escalera principal (Jordán)

Criminal y arrepentida

I

Angel leía y releía aquella carta. Buscaba hasta en las huellas de los rasgos una razón que le convenciera. Todo inútil... no la encontraba.

Su cabeza ardía; el pulso delataba la calentura interna; sus ojos revolviéndose febriles, abrigados por el calor, y su respiración era entrecortada y fatigosa.

Pero... ¿por qué, Dios mío?... balbuceaba, ya cercano á la locura. ¡Pérfida!... ¡miserable!... y estrujaba con indecible furor el indefenso papel entre sus manos.

Largo tiempo quedó sumido en letárgica inmovilidad, que, tomárase por muerte si de su garganta no salieran á intervalos roncós sollozos, indicios de la horrible tempestad que en su alma se desataba violenta. Un instante más durara, y perdiera Angel la razón.

Sobrevino la crisis y con ella la calma: el sér volvió á su ser, pero dominado, vencido. La lucha titánica de un momento consumió muchas energías, dejando hondos rastros allí por donde pasó: dijérase que quedaba un cuerpo sin alma, un rayo de luz sin calor ni brillantez.

Pocas horas antes su María había huído, dejando por toda explicación de su fuga un papel concebido en estos términos: «Angel: perdón. Adiós.»

¿Quién la arrebató de sus brazos?... ¿Por qué huía? Era un misterio que no podía penetrar y que llevaba su razón á punto de obscurecerse. Imposible dar con la clave del enigma; mientras más se esforzaba, menos podía encontrar una solución acertada.

La crisis que salvó su razón, salvó su vida; pero ¿á qué precio?... ¡Dejándola acibarada para siempre!

¡Pobre Angel! Tornóse huraño, esquivo; dejó de frecuentar el café y sus amistades, no se sabe si por vergüenza ó por hastio, y este nuevo régimen, á solas con su pesar, le hizo cobrar aversión á los humanos.

Escoria era el mundo; lodo lo que en él se encuentra; el cieno salpicando con su podredumbre la bóveda celeste, y bajo cieno y miseria desarrollándose la creación.

El poeta se convirtió en escéptico y maldijo lo bello; ¡el cantor de Natura burlándose de sus galas!...

Este es el dolor: destruye á veces hasta la sensibilidad, y arranca los colores á la vista. ¡Infeliz del que sufre!

Pasó tiempo, mucho tiempo; los negros cabellos se mezclaron primero con plateados hilos, y luego, perdiendo su vigor, tornáronse grises; la tez perdió su tersura, dando paso á rugosas señales; pero los años, lenitivo otras veces, no arrancaron de Angel la pena ni le sirvieron de consuelo.

Sufría resignado, como el primer día, sin poder alejar de su mente aquel recuerdo que le atenazaba, y aun mayor era cada vez su dolor al pensar en ella, olvidada quizás por el inicuo que á su cariño la robó, y arrastrada al vicio y al lupanar para librar su existencia, plácida y tranquila, en el hogar abandonado.

Ya de sus labios no se oía «pérfida», sino «infeliz»; y ellos concederían el perdón á poco que se implorara.

II

El anciano sacerdote acababa de absolver al moribundo, en cuyos abiertos ojos se prolongaba la muerte con cristalinas señales, cuando la puerta del aposento se abrió para dar paso á una luctuosa figura de mujer.

Verla el enfermo é incorporarse extendiendo los brazos, fué todo uno. Los opacos estertores cesaron, permitiendo á la garganta arrancar un sonido suave y vigoroso; un nombre: María.

La enlutada cayó de rodillas junto al lecho, ocultándose á la vista del enfermo y vertiendo lágrimas á raudales, mientras sus labios borbotaban palabras de arrepentimiento sincero.

¿Lo ves?... Te quiero... y te perdono, gritó el moribundo. Un instante no más tengo de vida... un beso... adiós, y el alma de Angel voló al Cielo en el mismo momento en que María besaba su boca con ternura infinita...

LEOPOLDO RUBIO.



—¡Vereis cuanto nos vamos á divertir!...
—¿Y son guapos tus amigos?...
—Guapos y con parné...



*Amigo Tadeo; Siendome
imposible asistir a la juer-
ga que teniamos preparada
para esta noche, te supli-
camos les digas a las da-
mas, que perdonen por hoy.
Sin mas-*

!! !!



¡Tableau!

Xaudaró

MISCELANEA

Así cumplimos nosotros con el público.
Sin pomposos anuncios, sin ridículos reclamos ni fingidos entusiasmos, vamos poco á poco y con paso seguro y firme, introduciendo reales y positivas reformas en nuestro semanario, que es hoy, sin disputa, uno de los mejores que se publican en España.

Las numerosas felicitaciones *verdad* que hemos recibido por el cambio de papel inaugurado en el número anterior, nos obligan á romper nuestro acostumbrado silencio para contestar con el agradecimiento á cuantos se han dignado escribirnos.

LA SAETA ha sido el primer periódico que en España se ha impreso en papel mate de ambas caras, costosísimo sacrificio que el público ha sabido agradecer y pagar con una acogida entusiástica.

Hoy es LA SAETA el semanario impreso en mejor papel, el que tiene más escogida y abundante lectura y el que da más grabados y mejores originales artísticos.

No nos detendremos, sin embargo, en nuestra marcha progresiva, ni nos dormiremos sobre los laureles, y á más de las firmas de los reputados artistas Balasch, Gili, Gómez Soler, Passos, Triadó, Xaudaró y demás colaboradores actuales, pronto aparecerán las de Nonell, nuestro corresponsal artístico en París; Gay, dibujante elegantísimo; el chispeante Chuchy, el popular Pellicer Monseny y varios otros cuyos nombres nos reservamos para no privar de la sorpresa á nuestros lectores.

Gedeón escribe á toda prisa una carta; y al llegar á cierto punto, dice á su mujer:
—Mientras acabo de escribir, cierra el sobre. Siempre ganaremos algún tiempo.

Definición:
¿Qué es un avaro?
Un hombre que se empeña en vivir pobre para morir rico.

Examen de medicina:
—¿Cuándo puede opinar el médico que se encuentra en presencia de un caso grave?
—Cuando ve que el enfermo se le muere.

Con sentimiento ¡oh portento!
El barítono Sertucha
Dice que canta, y no es cuento;
Canta con gran sentimiento...
Del público que lo escucha.

Liborio Porset.

La falsa ciencia es una verdadera ignorancia adquirida.

Helvecio.

Nunca es más difícil hablar bien, que cuando nos avergonzamos de callar.

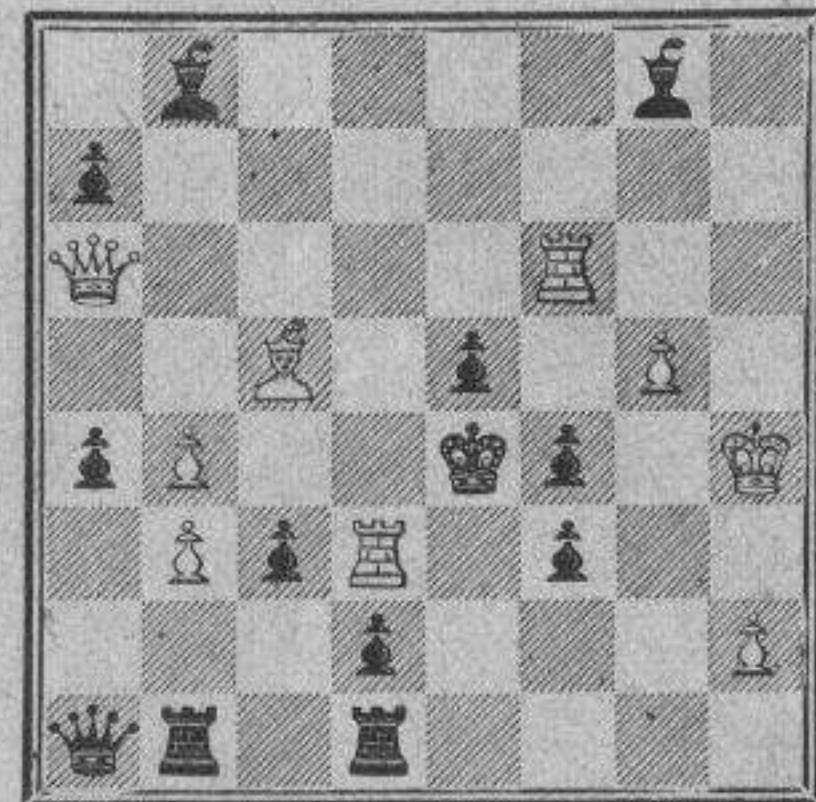
La Rochefoucauld.

Hay hombres que, contando sus valentías, dan á conocer su miedo.

Cristina de Suecia.

Problema de ajedrez núm. 9, por E. PRADIGNAT
(2.º premio *Familie Journal*)

Negras (13)



Blancas (9)

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución del problema núm. 8.—1 T 2 T—P
7 R; 2 D 4 C—Cualquiera; 3 T ó D † †.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR V. SUÁREZ CASAN * PROPIETARIO PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado